

han hecho de mis versos en
otros países y en el mío, ni
me fueron consultadas á
su debido tiempo, ni han sido
autorizadas previamente ni
obedecen á un plan que sea
de mi agrado

Soy de ustedes
afin y seguro servidor

Man de Dios Peña

CANTOS
DEL HOGAR

A MIS HIJOS

MARÍA DE LA CONCEPCIÓN, MARGARITA Y JUAN

Hijos míos :

No estáis todavía capaces de encontrar en estos versos lo dulce, lo amargo, lo sentimental y lo filosófico que en ellos pueda encerrarse. Os escucho leerlos, pero sé que no los descifráis, porque aun no es tiempo, con la fría serenidad de la razón madura.

Guardadlos para más tarde; dejad que corra el tiempo, y ya vendrá un día en que á la sombra de mis canas ó en frente de mi tumba, entendáis y estiméis todo lo que esta inmensa pasión por vosotros me arrancó del alma, lo puso en mi pluma y lo dejó para siempre grabado en estas pobres hojas que pongo en vuestras manos.

¿Cómo habréis de leer estos versos cuando seáis jóvenes y cuando lleguéis á viejos? ¡Ay de mí que lo sé demasiado!

Siempre con las lágrimas en los ojos, porque estos versos son amor, y el amor se nutre con llanto.

¡Ojalá que sean estas hojas el lazo que una íntimamente vuestras almas, que os estreche en ternura y en respeto mutuo, y que os haga amaros en mi memoria mientras viváis sobre la tierra!

No sé si he sufrido ni si he llorado; pero os juro por la santa memoria de vuestro noble abuelo, que sé que os amo con todas las fuerzas de mi alma, y que con ellas pido al cielo vuestro bienestar en el mundo.

¡Creed, amad, esperad!

¡Ojalá que pudiera yo estar á vuestro lado todo el tiempo que vais á retener en la memoria los versos de este pobre libro!

Queden con sus páginas entre vosotros, el amor y las bendiciones que en cada instante os consagra vuestro padre.

JUAN DE DIOS PEZA.

A JUAN DE DIOS PEZA

DESPUÉS DE HABER LEÍDO ALGUNAS COMPOSICIONES SUYAS,
PUBLICADAS CON EL MODESTO TÍTULO DE « ALGUNOS
VERSOS. »

En un libro sin pompa ni jactancia,
Joya de la más tierna poesía,
De los Dioses regalas la ambrosía
Y el suave néctar que tu genio escancia.

Impregnado de bíblica fragancia
Llena el hogar de encanto y alegría:
Es todo un corazón cada armonía,
Un pedazo de cielo cada estancia.

Al acercarse mi postrer momento
De abandonar la vida transitoria,
Lenitivo será de mi tormento.

Y á mis hijas, mostrándoles la gloria,
Les diré al exhalar mi último aliento:
Aprended este libro de memoria.

J. BLENGIO

Campeche, 1885.

A JUAN DE DIOS PEZA

Entre tanta belleza y galanura
De tus cantos, riquísimo elemento,
Brilla como una joya el pensamiento,
Iluminado por la fe más pura.

Derraman á torrentes la dulzura,
Rebosan la bondad y el sentimiento;
Y si expresan amargo sufrimiento,
Embarga al corazón tanta ternura.

Y á través de la forma y del aliño,
En tu libro se mira á cada instante,
Entre los rasgos de filial cariño

Y en el sublime amor de padre amante,
Que tienes para amar, alma de niño;
Para sufrir, aliento de gigante.

J. RAFAEL FRANCO.

CANTOS DEL HOGAR

MI PADRE

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mia.
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fe con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscrición y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pie sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho : « A quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja ;
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.

» Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

» Si eres pobre, confórmate y sé bueno ;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.

» Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia ;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia. »

Este código augusto, en mi alma pudo
Desde que lo escuché, quedar grabado ;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada ;
¡ Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada !

La nobleza del alma es su nobleza ;
La gloria del deber forma su gloria ;
Es pobre, pero encierra su pobreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Éstos los dignos de su nombre sean.

A MIS HIJAS

Mi tristeza es un mar; tiene su bruma
 Que envuelve densa mis amargos días;
 Sus olas son de lágrimas; mi pluma
 Está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores
 Nacidas de ese mar en la ribera;
 La sorda tempestad de mis dolores
 Sirve de arrullo á vuestra edad primera.

Nací para luchar; sereno y fuerte
 Cobro vigor en el combate rudo;
 Cuando pague mi audacia con la muerte,
 Caeré cual gladiador sobre mi escudo

Llévenme así á vosotras; de los hombres
 Ni desdén el poder ni el odio temo;
 Pongo todo mi honor en vuestros nombres
 Y toda el alma en vuestro amor supremo.

Para salir al mundo vais de prisa
 ¡Ojalá que esa vez nunca llegara!
 ¡Pues hay que ahogar el llanto con la risa;
 Para mirar al mundo cara á cara!

No me imitéis á mí: yo me consuelo
 Con abrir más los bordes de mi herida;
 Imitad en lo noble á vuestro abuelo:
 ¡Sol de virtud que iluminó mi vida!

Orad y perdonad; siempre es inmensa
 Después de la oración la interna calma
 Y el ser que sabe perdonar la ofensa
 Sabe llevar á Dios dentro del alma.

Sea vuestro pecho de bondades nido,
 No ambicionéis lo que ninguno alcanza,
 Coronad el perdón con el olvido
 Y la austera virtud con la esperanza.

Sin dar culto á los frívolos placeres
 Que la pureza vuestra frente ciña,
 Buscad alma de niña en las mujeres
 Y buscad alma de ángel en la niña.

Nadie nace á la infamia condenado,
 Nadie hereda la culpa de un delito,
 Nunca para ser siervas del pecado
 Os disculpéis clamando: estaba escrito.

¡Existir es luchar! No es infelice
 Quien luchando, de espinas se corona;
 Abajo, todo esfuerzo se maldice,
 Arriba, toda culpa se perdona.

Se apaga la ilusión cual lumbre fatua
 Y la hermosura es flor que se marchita;
 La mujer sin piedad es una estatua
 Dañosa al mundo y del hogar proscrita.

No fijéis en el mal vuestras pupilas
 Que vibora es el mal que todo enferma,
 Y haced el bien para dormir tranquilas
 Cuando yo triste en el sepulcro duerma.

Nunca me han importado en este suelo
 Renombre, aplausos, oropeles, gloria:
 Procurar vuestro bien, tal es mi anhelo;
 Amaros y sufrir tal es mi historia.

Cuando el sol de mi vida tenga ocaso
 Recordad mis consejos con ternura,
 Y en cada pensamiento, en cada paso,
 Buscad á Dios tras de la inmensa altura.

Yo anhelo que, al morir, por premio santo,
 Tengan de vuestro amor en los excesos;
 Las flores de mi tumba vuestro llanto,
 Las piedras de mi tumba vuestros besos.

A MI HIJA CONCHA

Hija ven á besar la augusta mano
 Que en el desierto mundanal me guía:
 Sé amante y tierna con el noble anciano
 Culto y sostén de la existencia mía.

Le debo cuanto soy, él ha sentido
 Más que yo mis venturas, mis dolores;
 Por él, sólo por él, siempre han tenido
 Luz mi cerebro y mi camino flores.

Á su frente de canas coronada
 Da tus ósculos llenos de inocencia,
 Nunca su frente encontrarás manchada,
 Limpia como el cristal es su conciencia

Él, en el fondo del hogar callado,
 Con dulce paz, con celestial cariño,
 Me enseñó á ser prudente, á ser honrado
 Desde mis horas cándidas de niño.

Cuando en las luchas torpes y mundanas
Me mira desmayar sin fe y sin brío,
Me escuda con la sombra de sus canas
Y me dice; *levántate, hijo mío.*

Ámalo; forma el sin igual tesoro
De mi existencia dolorosa y triste,
Es mi humana deidad á quien adoro
Con más amor desde que tú naciste.

Los afanes constantes y prolijos
Que un padre tierno con su amor encierra,
No los podemos comprender los hijos
Hasta que somos padres en la tierra.

Yo que siempre le amé, siento que ahora
Le adoro más y para ti reclamo
Saberte adorar yo como me adora,
Que me sepas amar como le amo.

Alguna vez sabrás sin que te asombre,
Cuántos dolores calla, cuántas penas;
Ámalo más que á mí... suyo es tu nombre,
Coma es suya la sangre de mis venas.

Cuando á Dios reces con amor profundo,
¡Ay! por él y por mí pídele al cielo;
¡Qué fueras tú sin padre en este mundo,
Ni qué fuera tu padre sin tu abuelo!

¡Si eres tú mi esperanza más hermosa,
Si él es mi religión, mi fe, mi abrigo,
Que siempre amporen tu niñez dichosa
Sus canas que con lágrimas bendigo!

FUSILES Y MUÑECAS

CUADRO REALISTA

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
Que embellecen mi hogar con sus carifios.
Se entretienen con juegos tan humanos
Que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado
Y monta en una caña endeble y hueca,
Besa Margot con labios de granado
Los labios de cartón de su muñeca :

Lucen los dos sus inocentes galas,
Y alegres sueñan en tan dulces lazos :
Él, que cruza sereno entre las balas;
Ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,
El kepis de papel sobre la frente,
Alienta al niño en su inocencia grata
El orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles,
Que en este mundo que su afán recrea.
Son como el suyo todos los fusiles
Con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen,
Que es igual el más debil al más fuerte,
Y que, si se disparan, no producen
Humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh misteriosa condición humana !
Siempre lo opuesto buscas en la fierra :
Ya delira Margot por ser anciana,
Y Juan que vive en paz, ama la guerra.

Mirándoles jugar me aflijo y callo :
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna ?
Sueña el niño con armas y caballo,
La niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,
La niña arrulla á su muñeca inerte,
Y mientras grita el uno : FUEGO, FUEGO,
La otra murmura triste : DUERME, DUERME.

A mi lado ante juegos tan extraños
Concha, la primogénita, me mira :
¡Es toda una persona de seis años
Que charla, que comenta y que suspira !

¿Por qué inclina su lánguida cabeza
Mientras deshoja inquieta algunas flores?
¿Será la que ha heredado mi tristeza?
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,
Cuando la negra duda me avasalla,
Se me cuelga del cuello, me da un beso,
Se le saltan las lágrimas, y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,
Y oprimiendo mi mano entre sus manos,
Parece que medita en muchas cosas
Al mirar como juegan sus hermanos.

Margot que canta en madre transformada,
Y arrulla á un hijo que jamás se queja,
Ni tiene que llorar desengañada,
Ni el hijo crece, ni se vuelve vieja

Y este guerrero audaz de tres abriles
Que ya se finge apuesto caballero,
No logra en sus campañas infantiles
Manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!
Amo tus goces, busco tus cariños;
¡Cómo han de ser los sueños de los hombres,
Más dulces que los sueños de los niños!

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna
Turbar jamás vuestra inocente calma,
No dejéis esa espada ni esa cuna:
¡Cuando son de verdad matan el alma!

MI MEJOR LAURO

Con sus seis primaveras muy ufana,
Quebrando con sus pies las hojas secas,
Me recitó en el campo una mañana
Mi hija mayor : FUSILES Y MUÑECAS.

Repitiendo mis versos no sabía
Que colmaba el mayor de mis antojos;
No me culpéis si oyéndola sentía
Lágrimas en el alma y en los ojos.

¡Bien! exclamé, mi niña me interpreta
Mejor que todos aunque á nadie cuadre :
Yo juzgarla creí como poeta,
Y la estaba juzgando como padre.

Llegó á la estrofa aquella en que la nombro
Y bajando hacia el suelo la mirada,
Vi de pronto ponerse, con asombro,
Su faz, más que una fresa, colorada.

¿ Qué tienes? pregunté, ¿ por qué haces eso ?
¿ Por qué ya nada de tu labio escucho ?
Y ella me respondió, dándome un beso :
— Me callo aquí, porque te quiero mucho.

Nada valdrá tan cándida respuesta
Para el que en altas concepciones fijo,
Medir no pueda, en ocasión cual ésta,
Abonde alcanza el corazón de un hijo.

Puedo deciros la verdad desnuda :
Como en mis versos comprendió mi duelo,
Por no hacerme sufrir quedóse muda,
Por no verme llorar miraba al suelo.

Yo, alabando el poder de su memoria
Comprendí, perdonadme lo indiscreto,
Que los mejores lauros de la gloria
Son los que se cosechan en secreto.

Vale más á mis ojos, siempre fijos
En la eterna verdad no en falsos nombres,
La lágrima arrancada por mis hijos
Que todos los aplausos de los hombres,

Negó á mi numen su fulgor el genio,
En el drama veraz de mis dolores
El fondo de mi hogar es el proscenio
Y mi padre y mis hijos los actores.

No busco un lauro que mi frente ciña
Ni pide aplausos mi laúd ingrato;
Pero... ¿por qué me olvido de la niña
Que suspendió turbada su relato?

Pronto volvió su faz á estar serena
Y á brillar en sus labios la sonrisa,
Porque el placer lo mismo que la pena
Pasan sobre los niños muy de prisa.

— Tus versos voy á continuar diciendo —
Y con más firme voz, seltóse hablando;
¡Inocente! los dije sonriendo
Y entonces yo los escuché llorando.

Al terminar, sintiendo hecho pedazos
Por el dolor mi corazón ardiente,
Me interrogó cruzándose de brazos
Y mirándome el rostro frente á frente.

— ¡Ay! dime padre, cuando tu escribiste
Los mismos versos que de oírme acabas
¿Por qué estabas mirándonos tan triste?
Al mirarnos jugar ¿en qué pensabas?

Y ¿por qué? — respondí — tan preguntona
Indagas los misterios de mi lira?

— Porque soy, tú lo has dicho, UNA PERSONA
QUE CHARLA, QUE COMENTA Y QUE SUSPIRA.

— ¡Brava razón! ¡Confórmame con eso!
¿No eres la que, si el duelo me avasalla,
SE ME CUELGA DEL CUELLO, ME DA UN BESO,
SE LE SALTAN LAS LÁGRIMAS Y CALLA?

— ¡Yo soy! ¡yo soy! me contestó orgullosa,
Y haciéndome olvidar penas y agravios,
Se me colgó del cuello cariñosa,
Cerró sus ojos y besó mis labios.

Corrió alegre después tras otros niños,
Quebrando con sus pies las hojas secas
Y dejándome besos y cariños
En premio de FUSILES Y MUÑECAS

CÉSAR EN CASA

Juan, aquel militar de tres abriles,
Que con gorra y fusil sueña en ser hombre,
Y que ha sido en sus guerras infantiles
Un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,
Dejando en un rincón la espada quieta,
Tomó por voluntad, no á sangre y fuego,
Mi mesa de escribir y mi gabeta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso
Repetir lo que saben mil testigos :
Esa corona de oropel y raso
La debo, no á la gloria, á mis amigos,

Con sus manos pequeñas y traviesas,
Desató el niño, de la verde guía,
El lazo tricolor en que hay impresas
Frasas que él no descifra todavía.

Con la atención de un ser que se emociona
Miró las hojas con extraño gesto,
Y poniendo en mis manos la corona,
Me preguntó con intención: — « ¿ Qué es esto ? »

— « Esto es — repuse — el lauro que promete
La gloria al genio que en su luz inunda...

— « ¿ Y tú por que lo tienes ? »

— Por juguete

Le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto
Descubre el niño, de la noble gala ;
Se la ciñe, faltándome al respeto,
Y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡ Qué hermosa dualidad ! Gloria y cariño
Con su inocente acción enlazó ufano,
Pues con el lauro semejaba el niño
Un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa
Irradiaban celestes resplandores,
Y que anhelaba en su imperial litera
Ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado
(No extrañéis en un padre estos asombros),
Y corrí por un trapo colorado
Que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso,
 Me transformé en su esclavo humilde y rudo,
 Y — « ¡Ave, César! » — le dije, dame un beso,
 ¡Yo, que muero de penas, te saludo! »

— « ¿César? » — me preguntó lleno de susto,
 Y yo sintiendo que su amor me abrasa,
 — « ¡César! » — le respondí — « ¡César angusto
 De mi honor, de mi nombre y de mi casa! »

Quitéle el manto, le volví la espada,
 Recogí mi corona de poeta,
 Y la guardé, deshecha y empolvada,
 En el fondo sin luz de mi gabeta.

MI HIJA MARGOT

Tiene Margot un niño á quien adora,
 Que no nació entre lágrimas y males,
 Pues se lo dió de cuelga una señora
 Que lo compró de lance en veinte reales

No hay un cariño igual á ese cariño
 Reflejo fiel de abnegación sincera,
 Pues ni lo entiende ni lo paga el niño
 Que le dice *mamá* y es de madera.

Sin temor de que enferme ó que se pierda,
 La madre sabe, de contento loca,
 Que el niño si le tiran de una cuerda,
 Llorá, abriendo los ojos y la boca.

¡Si la vierais en horas sosegadas
 Con qué ternura maternal lo viste,
 Y con qué melancólicas miradas
 Se fija en él cuando lo juzga triste!

« ¿Qué tienes — le pregunta — niño mío? »
 « ¡Más bonito que tú no habrá ninguno! »
 « No llores... ¿tienes hambre? ¿tienes frío? »
 « Duerme mientras te traigo el desayuno. »

Y lo acuesta en su lecho, allí lo abriga,
 Bajo sus mismas sábanas lo arropa,
 Y corre por la leche y por la miga
 Para darle en los labios sopa á sopa.

Que no las toma el niño es cosa clara,
 Pero aquí la intención salva un abismo;
 Margot en tal desaire no repara,
 Pues ella se las come y es lo mismo.

Margot junto á mi padre dulce y quieta,
 Era siempre su encanto y su consuelo,
 Y yo vi alguna vez, frente á la nieta,
 Lágrimas en los ojos del abuelo.

« Estos juegos — me dijo — causan frío,
 » No sé ni que revelan ni que indican,
 » ¡Hacen cosas los niños, hijo mío.
 » Que ni los grandes sabios las explican!

» ¡Cuánto Margot á la virtud promete!
 » Mira... en su niño están sus ojos fijos...
 » ¡Avergüenza esta madre de juguete
 » Á los monstruos que olvidan á sus hijos.

Mientras yo silencioso meditaba,
 Margot, que cuenta cuatro primaveras,
 Para dormir al niño lo arrullaba
 Como arrullan las madres verdaderas

BEBE

Cuenta Bebé dos meses no cumplidos,
Pero burlando al tiempo y sus reveses,
Como todos los niños bien nacidos
Parece un señorón de veinte meses.

Rubio, y con ojos como dos luceros,
Lo vi con traje de color de grana
En un escaparate de *Plateros*
Un domingo de Pascua en la mañana.

Iban conmigo Concha y Margarita,
Y al mirarlo las dos, ambas gritaron :
« ¡Mira, padre, qué cara tan bonita! »
Y trémulas de gozo me miraron.

¿Quién al ver que en sus hijas se subleva
La ambición de adueñarse de un muñeco,
No se siente vencido, cuando lleva
Dos duros en la bolsa del chaleco?

Ha vencido pensé : si está comprado,
Y como es natural tiene otros dueños,
Mis hijas perderán el encantado
Palacio de sus mágicos ensueños.

Pero movido el paternal cariño,
Entré á la tienda á realizar su antojo,
Y dije al vendedor : « Quiero ese niño
De crenchas blondas y vestido rojo ».

Abrió entonces la alcoba de cristales,
Temó á Bebé, lo puso entre mis manos,
Y convirtió á mis hijas en rivales
Porque el amor divide a los hermanos.

« Para mí » — Concha me gritó importuna,
« Para mí » — me gritaba Margarita,
Y yo les grité al fin : « para ninguna »
Con la seca aridez de un cenobita.

Reinó un silencio entre las dos profundo,
Y yo recordé entonces conturbado
Este axioma tristísimo del mundo :
« Ser rival es odiar y ser odiado. »

Y así pensé : no debo en corazones
Que de la vida llaman á la puerta,
Encender con el celo esas pasiones.
Que el odio atiza y el rencor despierta.

La historia del amor con dos premisas:
Iguala á la mujer y no os asombre;
¡Un muñeco en la edad de las sonrisas.
Y en la edad de las lágrimas un hombre:

REYERTA INFANTIL

¿Quieres averiguar, lector paciente,
Si tiene la niñez principios fijos?
Ven á escuchar el diálogo siguiente
Que aquí sostienen con calor mis hijos

Concha tiene seis años; Margarita
Los cinco va á cumplir; Juan tres apenas;
Pero ninguno de ellos necesita
Fuego en el pensamiento ni en las venas.

Lo tienen y de sobra : su lenguaje
Lo hallarás infantil, mas nunca hueco;
Hoy discuten los tres, porque les traje
Un fusil, un canario y un muñeco.

Á Juan, que quiere ser soldado grave,
Armé al fin con un rifle en miniatura;
Á mi ambiciosa Concha le dí el ave,
Y el muñeco á Margot toda ternura.

Que Juan dispare en su ilusión más grata,
Margot arrulle mientras Concha cuida,
Ni el canario es verdad, ni el rifle mata,
¡La ilusión en el alma de la vida!

Como florece el campo en primavera
Desborda la niñez en ambiciones;
Rifles de cinc y pájaros de cera,
Muñecos de cartón: todo ilusiones.

Un niño con una arma entre las manos
Y risas de bondad en el semblante,
Me recuerda á esos ángeles enanos
Que dibujó Doré leyendo el Dante.

Si vierais á mi Juan con su penacho
Con barboquejo de velludo cuero,
Semejante en lo erizo á su mostácho
De infatigable y tosco granadero;

Creeráis que labrada por el arte
Era una estatua de arrogancia llena:
Un soldado que ha visto á Bonaparte
Cruzar los Alpes ó triunfar en Jena.

Yo, mirándolo así, lo aplaudo y callo
En sus hermanas ve gente guerrera;
Convierte cada caña en un caballo;
Cada silla le sirve de trinchera.

Entra por las alcobas victorioso,
¿Quién lo va á detener? Marte lo inflama;
Es la estera su puente, salva el foso
Y rinde una ciudad sobre una cama.

Hoy se llena de arrojo y valentía;
Margot de compasión, Concha de celo;
¡Qué venturosa edad! Despunta el día;
Verde es el campo y transparente el cielo.

— Mira, le dice Concha á Margarita
Con la expresión de un celo extraordinario,
Esa muñeca tuya tan bonita
No vale lo que vale mi canario.

— Mi muñeca es mejor, cierra los ojos,
Se duerme entre mis brazos, va á la escuela,
Tiene cabellos rubios, labios rojos...
— Sí, todo lo tendrá, pero no vuela

— Cambiaremos juguetes...

— No, yo juego
Nada más con mi niña todo el día.
— Me la das, ó te pego...

— ¿Qué? ¿Te pego?
— No es tuya nada más. — Sí, sólo es mía.

— La quiero. — No me importa. — Te la quito.
— Yo la defenderé. — Voy á tomarla.

— Ven. — Allá voy. — ¿Me pegas? doy un grito.
— Déjamela Margot... — No he de dejarla.

Ya tiene Concha el rostro colorado,
Ahoga Margot su llanto en un suspiro,
Y entonces Juan, el rifle preparado,
Sale y grita á las dos : — Cállense ó tiro.

Callan ambas á un tiempo, como puede
Callar cualquiera ante su faz bravía,
Y él agrega muy serio, — ¿Qué sucede?
¡Yo soy un coronel de artillería!

Con esta frase que su audacia encierra
Vuelve á las niñas bienestar profundo,
Que aunque inicuo el derecho de la guerra
Aplaca muchas riñas en el mundo.

LA VELADA

A MI HERMANO ERNESTO

En el paterno hogar, pegado al muro
Que cierra el fondo del salón oscuro,
Pende un cuadro que fuera en otra parte
Orgullo del pincel, gala del arte,
Si allí no fuera siempre orgullo y gala
De nuestro amor filial, no de la sala.

Es un retrato por Clavé pintado,
En que aparece al natural sentado
En antiguo sillón de terciopelo,
Tronco del árbol de mi hogar, mi abuelo.

Cuantos lo ven, peritos ó profanos,
Asómbranse del rostro y de las manos,
Pues de tal suerte la verdad provocan,
Que son ojos que ven, manos que tocan,